

Santiago, 25 de Mayo de 1987.

Señor don
Jaime Castillo Velasco.
Presente.

Estimado Jaime,

me refiero a la minuta sobre "Puntos de
Convergencia Interna" y a tu carta circular de 11 del pre-
sente, que tuviste la gentileza de enviarme.

Bien sé el espíritu unitario y el criterio
lógico que te inspiran. Puedes estar seguro de que comparto
esos mismos propósitos.

Creo que todos los demócrata cristianos es-
tamos de acuerdo en los tres primeros puntos de tu minuta,
como asimismo en el punto 6. Creo, asimismo, que las princi-
pales cuestiones que requieren nuestra definición partidaria
son, en general, las que enuncias en esos documentos, varias
de las cuales están muy interrelacionadas entre si.

En cuanto al método a seguir para que el
Partido adopte sus decisiones sobre cada uno de esos temas
y los demás que se nos plantéen, sin duda el que propones
es, teóricamente, el más racional.

Convendrás conmigo, sin embargo, que para
llevarlo a la práctica habría sido necesario, entre otras
condiciones, que la Directiva Nacional hubiera tomado o por-
tunamente la iniciativa de ponerlo en marcha, promoviendo a
nivel de bases y de todos los organismos pertinentes un de-
bate interno sobre esos temas en que todos los demócrata
cristianos hubiéramos tenido oportunidad de participar.

Lamentablemente, eso no se hizo, ni se de-
mostró mayor interés por conocer el parecer sobre esos te-
mas de quienes no formamos parte del Consejo Nacional.

Ocurrió, así, que se nos vino encima el
proceso de renovación de Directivas y la convocatoria a
la próxima Junta Nacional sin que ese indispensable debate
se hubiera previamente efectuado. ¿Cómo impedir, en estas
circunstancias, que ambas cuestiones se ventilen?

Todos los que vivimos preocupados del des-
tino de Chile y sentimos alguna responsabilidad en lo que
nuestro Partido pueda hacer por mejorarlo, hemos estado
pensando sobre esos temas; han surgido así diversos plan-
teamientos y muchos camaradas se han sentido identificados
con uno u otro de ellos. Convencidos de que su respectiva
posición es la más conveniente para el país y para el par-

tido, han concluido por identificarse con la proposición de un nombre, representativo de ella, para futuro presidente de nuestra colectividad. Así surgió, primero, la candidatura de Ricardo Hormazabal; luego, la de Arturo Frei y, ultimamente, la mía.

¿Es esto malo, en sí? Lo sería si alguna postulación se presentara en términos excluyentes o divisionistas, que pusieran en peligro la unidad del partido o la fraternidad interna. Felizmente, no es así. En lo fundamental, todos los demócrata cristianos estamos de acuerdo y nos respetamos mutuamente. Nuestras diferencias versan sobre aspectos estratégicos o tácticos que no comprometen ni nuestra lealtad a la causa común ni nuestra recíproca estimación.

Admito que este procedimiento rigidiza algo el debate, al ligarlo con candidaturas que abanderizan a sus partidarios. Personalmente, prefiero nuestro antiguo sistema, en que la elección de Directiva era el resultado de un debate político más o menos libre en la Junta Nacional. Admitirás, por tu parte, que las normas estatutarias por las que nos regimos ahora inducen, en la práctica, a formalizar candidaturas y a centrar en torno a ellas el debate para la renovación de directivas. Lo cual no impide la posibilidad de acuerdos entre quienes compartan posiciones afines.

En cuanto a mi candidatura, puedo asegurarte que ella sólo nació cuando fracasaron las gestiones que Sergio Molina y Eduardo Frei realizaron para alcanzar una fórmula de consenso. Y tanto yo como quienes me postulan deseamos sinceramente la más amplia integración dentro de las líneas fundamentales de nuestro documento "Democracia Cristiana: un partido al servicio de la reconciliación y la democracia", que creemos compartidas en lo fundamental por la mayoría de nuestros camaradas.

En estas circunstancias, mi querido Jaime, me parece muy injusta tu apreciación de que las candidaturas a la Presidencia del Partido serían sólo expresión de "grupos que disputan el poder" y dan al país el espectáculo de "un verdadero estado de guerra interna".

Sabes, porque me conoces, que no represento a ningún grupo ni ando en busca de ningún poder. Y, menos aún, me siento en "estado de guerra" con ninguno de mis camaradas.

Al sostener, por los procedimientos propios e imperfectos de nuestra democracia interna, los criterios que cada uno de nosotros considera mejores para que el Partido sirva a Chile en esta hora, los distintos candidatos no estamos quebrantando la unidad real de la DC, sino colaborando a la búsqueda de una definición que creemos necesaria. Si lo hacemos con espíritu constructivo y fraterno, sin caer en animosidades ni descalificaciones personales, esta forma de debate interno no tiene por qué dejar vencedores ni vencidos. Como siempre ha ocurrido entre nosotros, la definición que se adopte nos comprometerá a todos y la Directiva que se elija, cualquiera que ella sea, podrá contar con la colaboración de todos.

En la fraternidad de siempre, te saluda cordialmente tu affmo.

Patricio Aylwin A.

P.S. Te adjunto el documento en que formulamos nuestros planteamientos, redactado principalmente por Edgardo Boeninger.

Aunque tu carta, con las apreciaciones condenatorias que me afectan, fué distribuida profundamente e, incluso, publicada, yo sólo enviaré copia de ésta al Presidente del Partido, Gabriel Valdés, y a los candidatos, camaradas Ricardo Hormazabal y Arturo Frei. Procuro, de este modo, contribuir a que no sigan trascendiendo al exterior del Partido las alternativas de nuestro debate interno.